

EINNOVA ARTE: LA CREATIVIDAD COMO VALOR HISTÓRICO, CIENTÍFICO Y PEDAGÓGICO

Javier Mateo Hidalgo

(Madrid, 1988) es Licenciado en Bellas Artes por la UCM (2012). Ha realizado el Máster de Guión Cinematográfico en la Escuela Superior de Artes y Espectáculos de Madrid TAI (2013), así como el Máster en Lenguajes y Manifestaciones Artísticas y Literarias en la Facultad de Filosofía y Letras de la UAM (2014) y ha sido Doctorando en la Facultad de Formación de Profesorado y Educación de la misma Universidad (2015), bajo la línea de investigación de Creatividad e Innovación Educativa. Actualmente realiza su Tesis Doctoral en la Facultad de Bellas Artes de la UCM.

Actualmente, el concepto de "creatividad" ha adquirido una gran importancia dentro de la sociedad. Su relevancia reside en las



consecuencias positivas que ha tenido en el desarrollo de diferentes factores primordiales. El primero de todos es, sin duda, el del ser humano. Por un lado, el individuo ha encontrado en la creatividad una herramienta privilegiada con la que potenciar sus capacidades personales y conseguir, por otro, lograr adaptarse a un mundo que cada vez exige una mayor adaptación para el cumplimiento de

sus necesidades. Se advierte, por tanto, un segundo gran factor: el social. Dentro de éste pueden englobarse otros, como el cultural o el económico, todos ellos consecuencia del primero, pues sin la presencia de éste no existirían. El individuo precisa de la creatividad para desarrollar sus

capacidades, obteniendo resultados positivos mediante la innovación en los contextos donde se desenvuelve, proponiendo la solución de problemas, propugnando avances en diferentes campos del saber e, incluso, promoviendo cambios sociales. Podría decirse que la creatividad se convierte en una herramienta imprescindible en la producción del ser humano.

Tratando de obtener respuestas desde un punto de vista etimológico, encontramos que *Creatividad* proviene del latín *creare*, que puede traducirse como engendrar, producir, crear (Coromines, 2012, p. 157). En este sentido, podría identificarse con la expresión de *dar a luz* algo nuevo, concebir desde la nada, como queda descrita la fundación del Cielo y la Tierra por parte del Dios en el inicio del Antiguo Testamento. Asimismo, en el diccionario encontramos, como definición de crear, "producir algo de la nada" (Real Academia Española, 2001, p. 679). Esta tarea sólo podría estar encomendada a la figura del ser supremo bíblico, pues sólo él tenía la capacidad de *crear* –era el autor de todas las cosas, no hubo nada antes que él que lo crease– (Tatarkiewicz, 1993, p. 3). Por ello, el ser humano –engendrado por él– no podía *crear* en el sentido exacto del término, sino que debía inspirarse en lo ya creado anteriormente para *recrear*. Es decir, tomar los elementos ya existentes para combinarlos originalmente y darles nuevos sentidos, generando nuevos productos. En relación a esto, la palabra *Creatividad* también se encuentra emparentada con la voz latina *crescere* (crecer) al referirse a esa evolución a la que el ser humano somete los elementos ya creados.

Puesto que el ser humano es quien da sentido y designa a las cosas mediante el lenguaje, podría afirmarse que la *Creatividad* es una invención suya. A pesar de ello, este término ha encontrado problemas para encontrar una única definición. De cada una de las investigaciones en torno a este

concepto, han surgido descripciones concretas y subjetivas, acordes con la óptica de quien las escribe. Esto se debe a la naturaleza misma de la *Creatividad*, en constante reinvención, pero también a otras causas, como la dificultad de simplificar una característica ubicada dentro de los complejos procesos intelectuales.

El elemento creativo ha sido tradicionalmente asociado al ámbito artístico, relacionándose directamente el proceso de producción de ideas con una clase de inspiración de tipo sobrenatural sólo presente en aquellos creadores herederos de la tradición renacentista (Romo, 2005, p. 24). Aunque actualmente esta idea errónea pueda prevalecer, en menor escala, como prejuicio a causa del desconocimiento, lo cierto es que la creatividad se considera un bien social en la actualidad, presente en cada individuo. Fue concretamente Francis Galton en la segunda mitad del siglo XIX quien determinó que el adjetivo *creativo* designaba al individuo genial y que toda persona nacía con ese don, siendo innato y hereditario (Escobar y Gómez, 2006, p. 393).

En la disciplina de la psicología, ha existido una preocupación por tratar de comprender cómo tienen lugar los procesos creativos: el funcionamiento de los mecanismos generadores de ideas en el individuo que le llevan al desarrollo de teorías innovadoras en el ámbito científico, o a la invención de obras artísticas. Los hallazgos en el campo cognitivo resultan significativos a la hora de ampliar nuestra comprensión sobre los procesos de la mente humana. Se entiende por cognitivo aquello que pertenece o se encuentra asociado al conocimiento. El individuo conoce porque va acumulando información derivada de su propio aprendizaje o experiencias. Estudiosos del desarrollo cognitivo dieron gran relevancia a las distintas fases del desarrollo humano para comprender cómo la mente evoluciona hacia una mayor complejidad de forma paralela al crecimiento

biológico del individuo. Concretamente, Jean Piaget dedicó buena parte de sus investigaciones a las fases de aprendizaje del niño en relación a sus etapas de desarrollo (Piaget, 2006). Este momento de formación resulta clave, pues comienzan a producirse una serie de cambios que afectan de forma trascendental a la vida futura. La infancia representa un momento donde el potencial creativo se manifiesta fehacientemente a través del juego (Piaget, 2006, pp. 211-212), pero a medida que pasan los años, esta cualidad amenaza con ir mermándose. Sólo algunas de estas personas inicialmente creativas consiguen desarrollar esta cualidad, mientras que la gran mayoría acaban abandonando este camino. (Gardner, 1997, pp. 107-108). Esta clase de personas se encuentran dotadas de un talento innato, una cierta predisposición a trabajar en este sentido.

El paso de la etapa escolar a la enseñanza primaria supone un momento traumático para el niño, pues representa su ingreso en un mundo de normas y convenciones que tendrá que ir poco a poco acatando. Mientras en los años anteriores el niño no precisó de ningún tipo de estímulo para desarrollar su creatividad, será de aquí en adelante cuando se tenga que reforzar esta capacidad mediante la figura del maestro, que podrá enseñarle la forma de canalizar sus intereses indicándole los posibles caminos y el modo de recorrerlos. Si el niño posee unos rasgos de personalidad y carácter suficientemente marcados, podrá trascender con nombre propio, ser reconocido unánimemente como un gran innovador. Tener una personal y exigente visión del mundo sobre el que trabajará – unida a un control sobre el medio, una buena capacidad para la sociabilización– que le hará dedicarse con todas sus fuerzas a él, a pesar de cualquier tipo de problema surgido durante su trayectoria que pueda afectarle gravemente a su estado anímico.

La educación resulta clave a la hora de poder encauzar esta creatividad en el individuo en proceso de formación. Según Erich Fromm, existen dos tipos de personas: las mentalmente estériles y las productivas. Éstas últimas trabajaban por enriquecer sus propias capacidades mientras que las otras las dejaban en estado embrionario. Para Fromm, una vida productiva – es decir, creadora– resulta imprescindible para mantener sano el intelecto y fomentar la felicidad (Fromm, 2003, p. 99). A diferencia de los animales, el ser humano aprende más tardíamente a desarrollar las herramientas con las que nace para valerse en su medio, pero puede seguir renovando sus conocimientos. A pesar de nacer biológicamente hablando, a lo largo de su vida debe trabajar por forjar su humanidad aprendiendo de los demás y compartiendo los conocimientos que se poseen. En este sentido, educar será iniciar a las nuevas personas que vengán a integrar este grupo aquello que deben saber para pertenecer a la comunidad. Además de buscar la autorrealización o la renovación, el individuo creativo persigue un reconocimiento social, buscando ser aplaudido en aquello que la sociedad valora. Educar en la creatividad es educar para la autorrealización personal, pero también es contribuir a que estas personas puedan utilizar sus herramientas en favor de un desarrollo social, pues son precisamente los individuos creativos aquellos que permiten el progreso de la comunidad a la que pertenecen. Educar es formar en la libertad individual y colectiva.

Bibliografía

Coromines, J. (2012). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.

Escobar, A. y Gómez-González, B. (2006). Creatividad y función cerebral. *Revista Mexicana de Neurociencia* (5), pp. 391-399.

Fromm, E. (2003). *Ética y Psicoanálisis (El hombre para sí mismo)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gardner, H. (1997). *Arte, mente y cerebro. Una aproximación cognitiva a la creatividad*. Argentina: Paidós.

Piaget, J. (2004). *La formación del símbolo en el niño*. México: Fondo de cultura económica.

Real Academia Española. (2001). *Diccionario de la lengua española* (22. Ed.). Madrid: Espasa.

Romo, M. (2005). *Psicología de la creatividad*. Barcelona: Paidós.

Tatarkiewicz, W. (1993). Creación: historia del concepto. *Criterios* (30), pp. 238-257.